

La frontera Norte

El nacimiento del "Far West" español



FRANCISCO GARCÍA CAMPA

www.hrmediciones.es

Este viaje por el tiempo comenzó “confinado” en casa con mis dos compañeras de viaje, Susana y mi pequeña Covadonga, que apoyaron con su comprensión que este relato fuera posible.

Sin olvidar a mis padres que desde el Cielo espero sigan orgullosos de su hijo que dedica este libro al tío Nando que murió en tierras de la Nueva España.

Índice

PRÓLOGO	17
LA FRONTERA EN EL NACIMIENTO DE LA EDAD MODERNA	21
LOS PRIMEROS PASOS EN TIERRA NUEVA	23
JUAN PONCE DE LEÓN	25
CABEZA DE VACA	26
EXPEDICIONES DESDE MEXICO	31
FRAY MARCOS DE NIZA	33
CIUDADES Y REINOS MÍTICOS	36
CORONADO Y LA CONQUISTA DE CÍBOLA	38
HERNANDO DE SOTO	47
CALIFORNIA, JUAN RODRIGUEZ CABRILLO	52
“EL MÁS INTRÉPIDO CAMINANTE”, ÁNDRES DO CAMPO	53
LA PRIMERA FRONTERA: SALVAJES Y GUERRA JUSTA	55
LA GUERRA DEL MIXTÓN	57
LOS CHICHIMECAS	59
LA GUERRA JUSTA CONTRA “EL SALVAJE”	64
DE LA GUERRA “A SANGRE Y FUEGO” A “LA PAZ POR COMPRA”	71
EL NACIMIENTO DEL PRESIDIO FRONTERIZO	83
PRESIDIOS Y LA ESTRATEGIA LINEAL	87
DE CONQUISTADORES A PACIFICADORES	94
3.3 DE TROPAS AUXILIARES A MILICIAS INDIGENAS	98
PREDICACIÓN Y EXPLORACIÓN DE LA TIERRA NUEVA	107
ORDENANZAS DE DESCUBRIMIENTO, NUEVA POBLACIÓN Y PACIFICACIÓN	111
EXPEDICIONES DIVINAS Y PROFANAS EN LAS TIERRAS NUEVAS	117
CALIFORNIA Y LA DEFENSA DEL TORNAVIAJE	124
OÑATE Y EL NUEVO MEXICO	139
OÑATE UNA FAMILIA DE FRONTERA	140
UNOS PREPARATIVOS DEMASIADO LARGOS	141
DE CÓMO SE TOMÓ, Y APREHENDIÓ LA POSESIÓN DE LA NUEVA TIERRA	146
EXPLORACIÓN Y AFIANZAMIENTO DE NUEVO MÉXICO. LA BATALLA	

DE ACOMA	149
LOS PUEBLOS DEL SUROESTE	160
EXPLORACIONES, DESESPERACIÓN Y CONDENA	166
NUEVO MÉXICO PROVINCIA REAL	175
TIERRAS DE MISIÓN	181
NUEVOS MODOS DE EVANGELIZAR	184
LAS MISIONES DEL NORTE.	192
LAS MISIONES DE NUEVO MÉXICO	196
LA PIMERÍA BAJA, MISIONES EN SINALOA y SONORA	198
DURANGO Y CHIHUAHUA	204
FIDELIDAD O REBELIÓN	209
LA ORGANIZACIÓN MILITAR DE LA NUEVA ESPAÑA	212
REBELIÓN DE LOS TEPEHUANES 1616-1618	219
REBELIÓN TARAHUMARA	226
LOS POBLADOS Y MILICIAS TLAXCALTECAS.	229
LA SIERRA DEL NAYAR Y LA PROTECCIÓN DE LA COSTA DE NUEVA GALICIA.	235
SONORA Y SINALOA	239
AL NORTE DEL RÍO GRANDE, NUEVO MÉXICO	243
MAGIA KATSINA CONTRA MAGIA FRANCISCANA	246
COMIENZA LA REBELIÓN	249
“LA RECONQUISTA” DE NUEVO MÉXICO	256
TEXAS, FRANCIA AD PORTAS..	275
LOS PRESIDIOS DEL GRAN NORTE.	276
LA BÚSQUEDA DEL GRAN REINO DE LOS TEJAS.	280
LA SALLE, LOS FRANCESES EN TEXAS	284
LA FUNDACIÓN DE TEXAS	289
BIBLIOGRAFIA	297
FUENTES PRIMARIAS	297
FUENTES MODERNAS	297
PAGINAS Y SITIOS WEB..	300

La frontera es aquel lugar donde la civilización puede avanzar a costa de lo salvaje. Es una delgada línea geográfica donde lo viejo y lo nuevo, lo conocido y lo desconocido se encuentran y se ponen límites.

Compton's Interactive Encyclopedia (1996), Frontier

PRÓLOGO

El Norte. Así se le llamó antes de que recibiera un nuevo nombre: el Oeste. Ese nuevo nombre, El Oeste, nos evoca de inmediato lejanía, aventura, libertad, violencia... E imágenes ligadas a nuestra retina, la exterior y la que se acuna en nuestra mente y en nuestro corazón, de llanuras sin fin, escarpadas montañas, desiertos calurosos, manadas de bisontes, bandas de guerreros indios adornados con deslumbrantes pinturas de guerra y vistosas plumas, amén de vívidos fogonazos visuales de columnas de caballería estadounidenses dando caza a esos bravos y de vaqueros, duros, curtidos, afanándose con grandes rebaños de vacas que, revólver en mano, defienden de los indios o conducen hasta Abilene o cualquier otra ciudad de Kansas, para meterlos en vagones de ganado que llevarán los rebaños hasta los mataderos industriales de Chicago. Por supuesto, todas esas imágenes del Viejo Oeste, se ven acompañadas por diálogos y narraciones en un inglés con acentos procedentes de Tejas, Kansas, Tennessee o Virginia.

Pero El Norte, el primigenio Oeste, fue mucho más que novela y cine, fue historia y de la buena. Y, por si fuera poco, esa Historia es, nuestra Historia.

Fue allí, en el Norte Novohispano, donde se creó la Frontera. Ese espacio dinámico, bronco, libre, a veces aterrador y siempre estimulante, que tanto contribuyó a generar la identidad estadounidense. En efecto, desde que Frederick Jackson Turner definió a la Frontera como el motor que forjó la identidad estadounidense, se ha olvidado que ese “Motor,” esa “Experiencia” y esa “Realidad fronteriza” tuvieron, durante siglos, acento español. Fue en Tejas, primero española y luego Mexicana, en donde se formaron, por así decirlo, los primeros vaqueros estadounidenses; fue en la enorme Luisiana

española de fines del siglo XVIII y primeros años del XIX en donde se dio inicio a la gran aventura que protagonizarían los Mountain Man americanos en las llanuras y las Rocosas. Aventura que, por cierto, está llena de nombres hispanos como los de Manuel de Liza o Benito de Liza. En fin, fue en el Nuevo México hispano en donde todos los caminos y tópicos del Viejo Oeste se cruzaron y florecieron.

El lector tiene en este libro una certera historia del comienzo del Norte, del verdadero y primigenio Oeste. Una historia hecha de conquistadores y exploradores que tenían apellidos hispanos y el deseo insaciable de infinito burbujeándoles en la sangre. Expedición tras expedición, los españoles atravesaron las grandes llanuras y se adentraron en las cordilleras imposibles: Kansas, Nebraska, Tejas, Colorado, Arizona, Nuevo México... Fueron transitadas, exploradas y domeñadas cuando ni un solo anglosajón las había pisado y Utah, Idaho, California, Wyoming o Montana, ya aparecían en los mapas de los Virreyes de México antes de que un solo estadounidense supiera donde estaban.

La empresa fue titánica y se hizo con tan pocos medios que parecería fábula si no fuera porque poseemos las pruebas documentales y materiales de que fue emprendida y coronada: en poco más de dos siglos, unos 9.000.000 Km cuadrados de territorios que hoy forman parte de EEUU, México y Canadá, fueron explorados, dominados o puestos bajo soberanía de España y lo fueron por el esfuerzo y arrojo de un minúsculo grupo de individuos: conquistadores de los siglos XVI y XVII, dragones de cuera, húsares de Tejas, vaqueros novohispanos, misioneros franciscanos y jesuitas, ingenieros, cartógrafos... Sus nombres quedaron para la Historia y este libro de Francisco García Campa los rescata para que también sean del lector.

El libro, de una minuciosidad y detalle dignos de elogio, cuenta también con una buena prosa y ofrece una rigurosa visión de conjunto de los hechos y de sus causas. El lector que hasta esta obra ha tenido que conformarse con breves relaciones, con novelas o con algún que otro documental o charla en YouTube, tiene ahora en sus manos una verdadera relación informada de la primera etapa de la historia de la Frontera hispana. Asombrado, podrá ver desfilar en estas páginas nombres sonoros y legendarios como los de los comanches, los apaches o los navajo y comprobará que esas tribus vivieron la mayor parte de su historia conocida en relación con el Imperio español; asistirá también a las duras y enrevesadas disputas con Francia por el control del enorme espacio que se extendía desde el Río Bravo hasta el Misisipi y

contemplará como, lentamente, el conocimiento de las tierras y de las gentes que poblaban las tierras que iban del Pacífico al citado río Misisipi era revelado por atrevidas expediciones de descubrimiento y por esforzados cartógrafos.

Fue una épica aventura en la que tan importantes fueron los míticos dragones de cuera, como los olvidados albañiles que levantaron los Presidios y en donde el ingeniero y el misionero jugaron a menudo un papel tan importante como el del conquistador o el del Virrey.

Francisco García Campa no se ha contentado con escribir un libro más sobre un periodo súbitamente puesto de moda, sino que lo ha hecho con el detalle y rigurosidad que algo tan grande y épico se merecía.

No lo dude, lector, cabalgue por estas páginas y conozca el gran y salvaje Norte que terminó siendo el Lejano Oeste de Zane Grey y Hollywood.

José Soto Chica.

Doctor en Historia Medieval, investigador del C. E. B. N. Ch de la universidad de Granada y escritor.

LA FRONTERA EN EL NACIMIENTO DE LA EDAD MODERNA

Un primitivo concepto de frontera se fue creando a finales de la Edad Media de la mano del concepto de soberanía territorial junto con el nacimiento de unas identidades nacionales. El primitivo estado moderno que se va configurando, no era un estado territorial sino un conjunto de relaciones de señorío y vasallajes entre el monarca y sus súbditos, sin que existiera una perfecta delimitación de la circunscripción territorial. Los “lindes”, “límites” o “confines”, como se conocían las fronteras en este periodo, no eran una línea perfecta que separara los reinos, sino que eran flexibles y porosas. Eran habituales los enclaves de otros estados que, como islas jurisdiccionales, persistían durante siglos o continuidades lingüísticas entre dos territorios vecinos sin que las conocidas como “fronteras naturales” las dividieran. De hecho, salvo el mar, las barreras geográficas como ríos y cordilleras no eran “per se” un límite, aunque se empezaron a emplear en muchos tratados como cláusulas de delimitación y demarcación territorial.

Durante el siglo XVI la cartografía sufre un gran desarrollo debido a los ingentes descubrimientos geográficos y al deseo de los soberanos de mostrar su poder además de su papel en las cada vez más complejas relaciones internacionales y los consiguientes conflictos bélicos. Pero este desarrollo de la cartografía y el acceso a cada vez más personas gracias a la imprenta sirvieron para el desarrollo de una geografía humana y la apropiación de un territorio por un colectivo humano, comenzando la asociación de una nación a un territorio que llegaría siglos después a la creación del concepto de Estado-Nación. Un ejemplo de este surgimiento del concepto de nación

es el prólogo de la obra *Threatum Orbis Terrarum*, una recopilación de 70 mapas de Europa editada por Abraham Ortelius en 1570, en la que se explica que el motivo principal de la publicación es “por el amor que sienten a su tierra nativa” de los lectores que desean ver a su país en un mapa.

LOS PRIMEROS PASOS EN TIERRA NUEVA

Seguí mi camino hasta la vista de Cíbola, la cual está asentada en un llano, a la falta de un cerro redondo, [...] la población es mayor que la de México, [...] me dijeron que era la menor de las siete ciudades y que Totontec es mucho mayor y mejor que todas las siete ciudades y que es de tantas casas y gentes que no tiene cabo”

Fray Francisco de Niza, *Relación del descubrimiento de las Siete Ciudades*

El periodista e historiador estadounidense Charles F. Lummis, fundador del *Southwest Museum* en Los Ángeles, donde se depositó su magnífica colección de libros sobre la presencia española en Norteamérica, nos da una pista del nacimiento de esta aventura. En *Exploradores españoles del Siglo XVI*, además de hacer una defensa o vindicación de la acción colonizadora española en América, nos da un interesante relato de cómo fueron las primeras exploraciones de los territorios del Suroeste de los Estados Unidos que son parte esencial del territorio donde nos vamos a adentrar en este viaje por la Historia.

Para Lummis “algunos de los más grandes descubrimientos son debidos al azar” ya que la geografía, como todas las ciencias, no solo es fruto del estudio, sino de accidentes como el que se produjo cuando Cristóbal Colón en su camino hacia Cipango, el actual Japón, se encontró un inmenso muro. Sería esta barrera de tierra que parecía no tener salida lo que llevaría a buscar un paso hacia el mar del Sur que permitiese a las flotas castellanas llegar a las

ricas islas de las especies o la inmensa China, respetando la partición del orbe en el Tratado de Tordesillas entre Castilla y Portugal. Si Magallanes encontró el Paso de Sur en el viaje que daría lugar a la Primera Circunnavegación de la Tierra, otros súbditos de la Corona Hispánica buscarían por tierra y por mar el ansiado Paso del Norte. Y es en esta búsqueda cuando nuestros “paseantes” europeos deambularan por las inmensas llanuras y desiertos del Lejano Oeste de Norteamérica.

Veremos como leyendas y mitos de ciudades y reinos perdidos, como las Sietes Ciudades, irán apareciendo en la cultura popular del siglo XVI y se convertirán en otras causas para explorar las nuevas tierras que van surgiendo tras cada exploración. No podemos olvidar que, entre los motivos principales para adentrarse en lo desconocido, la búsqueda de fama y riqueza no puede ocultar un verdadero deseo de “cristianizar” a los pueblos que vivían ignorantes de la palabra de Dios. En palabras de Pedro Insua en 1492, *España contra sus fantasmas*, “la presencia española en las Indias Occidentales, precisamente por su condición imperial, se justifica a través de la defensa de un canon antropológico según el cual el género humano aparece degradado, o en camino de su degeneración, si no está regido por formas rectas de organización política” y por ende social y religiosa. Semejante reflexión plantea Santiago Muñoz Machado en su libro *Civilizar o exterminar a los barbaros* desde el análisis de las ideologías que ampararon la colonización del Nuevo Mundo por parte de España e Inglaterra.

Como resumen, antes de conocer las primeras expediciones, debemos tener en cuenta la mentalidad de la época y el código de valores para entender esta doble faceta de toda empresa de descubrimiento y conquista española en toda América. Destacando la búsqueda de riqueza en las primeras exploraciones, ya sea mediante el descubrimiento de nuevas rutas comerciales o el saqueo de los territorios descubiertos, frente a las expediciones a partir de 1540 donde las Nuevas Leyes de Indias, orientaban las nuevas conquistas desde el respeto a los nativos, siempre que se sometieran a su “verdadero soberano” el Rey de Castilla y posteriormente de España.

Tanto por el deseo de expandir la fe como la búsqueda de riquezas y gloria se realizaron en las primeras décadas del siglo XVI una serie de expediciones y “viajes accidentales” por unos territorios ignotos que se conocieron en el virreinato de Nueva España como la “Tierra Nueva”. Adentrémonos en ellas con los primeros caminantes.

JUAN PONCE DE LEÓN

En 1513, Juan Ponce de León y Figueroa avistó un 27 de marzo la costa de Florida, pero no pisaría tierra hasta el 2 de abril, dando comienzo a la aventura norteamericana de nuestros bizarros antepasados.

No existen pruebas de que los navegantes españoles supiesen de la existencia de tierra firme al norte de la isla Española salvo el hecho de que, a 3.000 kilómetros, el navegante Juan Caboto, por orden de la Corona Inglesa, descubriese el cabo Bonavista en la actual Canadá (1497); además de las leyendas de los nativos de Cuba y Puerto Rico sobre las “Fuentes de Juvencia”, aunque para ser fieles a la realidad hasta 1575 no se identificó a Ponce con este mito.

Entre los hombres que creyeron en la existencia de esas tierras destacó un noble vallisoletano que puso su fortuna en juego en busca de la inmortalidad (entiéndase en un sentido histórico). Nació en Tierra de Campos el 8 de abril de 1460, en el seno de una familia de alcurnia entre cuyos parientes estaba el Marqués de Cádiz, Rodrigo Ponce de León y la familia Núñez de Guzmán. Siendo niño entró al servicio del rey Fernando el Católico como paje, años más tarde como soldado participó en la campaña de Granada. En 1493 viajaría a las Indias junto con Cristóbal Colón en su segundo viaje. En 1502 acompañaría a Ovando a La Española y se asentaría en Santo Domingo donde contrajo matrimonio. En 1505 se trasladó a Puerto Rico donde sería gobernador de Borinquen y fundaría Caparra, actual San Juan, gracias a su pacífica política con los indígenas especialmente con el cacique taino Agüeybaná. Todo parecía dispuesto para que tras la muerte de Colon el fuera elegido gobernador de los descubrimientos, pero el juicio del hijo del genovés hizo cambiar de opinión a la Corona que prefirió mandar a un peninsular.

“Viéndose sin cargo, pero rico” logró mediante capitulación el derecho para explorar la supuesta isla de Bimini o Beniny, cerca de las Bahamas, asumiendo el propio Ponce de León los gastos para lo que recurrió a un préstamo. Con tres carabelas se dirigió a su destino, pero en el camino, el Domingo de Resurrección en plena Pascua Florida se encontró una “muy linda vista de muchas frescas arboladas” a las que llamaría Florida. No se tiene certeza del lugar donde piso tierra, pero se cree que fue al sur de cabo Cañaveral.

Al creer que era una gran isla decidió dirigirse al Sur para rodearla descubriendo el 15 de mayo los Cayos de los Mártires, debido a “que les

parecían figuras humanas en posición de gran sufrimiento”. Gracias al excelente marinero Alaminos fueron capaces de navegar sin enfrentarse a la Corriente del Golfo que descubrieron en este viaje y sería crucial para las flotas españolas. En este viaje por la costa occidental puede que llegases cerca de la futura Pensacola.

Tras el largo viaje regresaron a Puerto Rico sin encontrar riquezas, pero sí una tierra agradable para vivir. Decidió regresar a España para solicitar al Rey la colonización de esas tierras. El rey Fernando le nombra el 27 de septiembre de 1514 Adelantado de la Isla Florida con el derecho de crear una ciudad.

Tras hipotecar sus bienes parte hacia la Florida el 26 de febrero de 1521 con doscientos hombres y cincuenta caballos. Después de una dura tormenta llega a la actual Bahía de Tampa donde combate contra los nativos, los cuales estaban hartos de las incursiones para capturar esclavos, resulta herido Ponce de León por una flecha emponzoñada. Tras casi perder 80 hombres regresa a Cuba donde fallece a la edad de 61 años.

Perdió su fortuna y su vida en la empresa siendo en parte su gloria ocultada por el éxito de su contemporáneo Hernán Cortés. Pero nos debemos quedar con la frase que cubre su lapida como recuerdo de su personalidad: “En este sepulcro descansan los huesos de un hombre que fue león por su nombre y aún más por su naturaleza”.

CABEZA DE VACA

Cabeza de Vaca nació en Jerez de la Frontera hacia 1488-90 en el seno de una familia hidalga que, según las crónicas de Gonzalo Fernández de Oviedo, descende del pastor que ayudó a las huestes cristianas en la batalla de Navas de Tolosa (1212). Su apellido deriva supuestamente del hecho de que los guio a través de un sendero que había marcado con los cráneos de algunas de sus vacas muertas por los ataques de los lobos.

Hacia 1512 se unió a las tropas de la Liga Santa contra Francia. Participó en la Batalla de Rávena y poco después como alférez en Gaeta. Posteriormente en 1520 combatió en la Guerra de las Comunidades al tiempo que entró al servicio de la Casa de Medina-Sidonia como mensajero, participando en la toma de Tordesillas y en la Batalla de Villalar. Gracias a su experiencia y sus buenos contactos fue elegido tesorero y alguacil mayor de la expedición de Pánfilo de Narváez. Nada más llegar a América todo comenzó a ir mal. En Santo Domingo desertaron unos 140 hombres al enterarse de la suerte de las

anteriores expediciones y la ausencia de grandes riquezas. Para rematar la mala fortuna, una tormenta mataría a 70 expedicionarios cerca de Cuba donde tuvieron que pasar un largo tiempo para reparar cuatro de las embarcaciones. Tras reponer fuerzas desde la llegada en noviembre de 1527 en Cuba salieron en abril a Florida tocando tierra cerca de la actual Bahía de Tampa el 12 de abril, aunque su primer nombre era de la Santa Cruz.

La única aldea que encontraron estaba desierta ya que los nativos nada más ver a los españoles huyeron, pero encontraron un objeto de oro que dio moral a los hombres. Al día siguiente los funcionarios reales leyeron el requerimiento que convertía a los nativos en súbditos del Emperador Carlos por orden del Papa.

En Aguas Claras, actual *Clean Water*, los indígenas dijeron a Narváez que el oro venía de la región de Apalache también conocida como Pánuco, situada

EL REQUERIMIENTO

Redacción del Requerimiento por el jurista Juan López de Palacios Rubios (su verdadero nombre era Juan López de Vivero) que desde 1512 instaba a los indios a someterse al Rey, convirtiéndose en vasallos de la Corona lo que implica la obtención de una serie de derechos y deberes. Era empleada a modo de “ultimátum” por lo que su negativa legitimaba al empleo de la violencia.

“De parte del muy poderoso y muy católico defensor de la iglesia, siempre vencedor y nuncavencido el gran Reydon Fernando V de España de las dos Sicilias, de Jerusalén, y de las Islas y tierras firmes del Mar Oceáno, etc. Tomador de las gentes bárbaras, de la muy alta y poderosa Sra. La Reina Doña Juana, su muycálida y amada hija, nuestros Señores, yo Dávila su criado, mensajero y capitán, los notifico y las hago saber como mejor puedo:

Que Dios nuestro señor único, y eterno, creo el cielo y la tierra, un hombre y una mujer de quienes nosotros y vosotros fueron sus descendientes y procreados y todos los de después de nosotros vinieros, mas la muchedumbre de la generación y de esto ha sucedido de cinco mil y más años que el mundo fue creado, fue necesario que unos hombres fuesen de una parte

y de otros fuesen por otra y se dividiesen por muchos reinos y provincias de que una sola no se podían sostener ni conservar.

De todas estas gentes nuestro señor dio cargo a uno que fue llamado San Pedro, para que de todos los hombres del mundo fuese señor superior, a quienes todos obedeciesen y fuesen cabeza de todo humano, donde quiera que los hombres estuviesen viviesen en cualquier ley, secata o creencia, pidiéndole a todo el mundo por su reino, señorío y jurisdicción, y como quiera que le mando propusiese su silla en Roma como el lugar más aparejado para seguir el mundo, también le permitió que pudiese estar y poner su silla en cualquier otra parte del mundo, y juzgar, y gobernar a toda la gente, cristianos, moros, judíos, gentiles y de cualquier otra secta o creencia, a este llamaron Papa, que significa admirable, mayor y guardador.

A este San Pedro obedecieron y tomaron por señor, Rey y Superior del Universo, los que en aquel tiempo vivían y asimismo han tenido todos los otros que después de él fueron al pontificado elegido y así se ha continuado hasta ahora y así se continuará hasta que mundo se acabe.

Uno de los pontífices pasados que en lugar de este mundo, hizo donación de estas Islas y tierra firmes del Mar Océano, a los ricos Rey y Reinas y a los sucesores en estos reinos, con todo lo que en ellas hay según contienen en ciertas escrituras que sobre ellos basaron, así que sus Altezas son Reyes y Sres. De estas Islas de tierras firmes, por virtud de dicha donación y como a tales Reyes y Sres. algunas Islas más y casi todos a quienes esto ha sido modificado has recibido a sus altezas y las han obedecido y servido y sirven como súbditos la deben hacer, con buena voluntad y sin ninguna resistencia, luego de su inclinación como fueron informado de lo susodicho, obedecieron y recibieron a los valores religiosos que sus Altezas profesaban para que les predicasen y enseñasen la Santa fe, y todos ellos de su humilde y agradable voluntad sin apremio ni condición alguna se hicieron cristianos y lo son, sus Altezas los recibieron alegres y así los mando a tratar como a los otros súbditos y vasallos, los otros son pedidos y obligados a hacer lo contrario.

Por ende, como mejor puedo os ruego y quiero que entendais bien lo que he dicho, y toméis para entenderlo y deliberar sobre ello el tiempo que fuere justo y reconocais a la Iglesia por Señora y Superiora del universo mundo y al sumo pontífice llamado Papa en su nombre y a Rey y a la Reina nuestros señores en su lugar como Supeiores y Señores y Reyes

de esta isla y tierra firme por virtud de la dicha donación y consentais en que lugar a que estos padres religiosos o declaren los susodichos.

Si así lo hicieres te ha de ir bien y aquello a que estas obligado, y sus altezas en su nombre los recibirán con todo amor y caridad, los dejarán vuestras mujeres hijos y haciendas libres, sin servidumbre, para que de ellas y nosotros hagáis libremente lo que quisieres y bien tuviese y no os compelerán a que torneis cristianos, salvo si vosotros informados de la verdad quisieres convertir a la religión católica como lo han hecho casi todos los vecinos de estas islas y demás de esto su Alteza dará muchos privilegios exenciones que gozaran muchas veces.

Si no lo hicieréis en ello dilación maliciosamente pusieres, os certifico que con la ayuda de Dios entrare poderosamente contra vosotros y os haré guerra por todas partes y maneras que tuviere y sujetaré al yugo y obediencias de la iglesia y de sus Altezas y tomaré a vuestras personas y alas de vuestras mujeres e hija y a los haré esclavos y como tales los venderé y dispondré de ellos como su Alteza mandare, y os tomare vuestros bienes, y os haré todos los males y daños que pudiere como vasallos que no obedecen y que no quieren recibir a sus señor y leresisten y contradicen y protesto de los muertos y daños que de ellos se registrarén serán a culpa vuestra y no de sus Altezas ni mía, ni de estos caballeros que conmigo vinieron y de como lo digo, requiero, pido al presente Escribano que me lo de como testimonio firmado a los presentes ruego que de ellos sean testigo.”

Texto extraído de Lewis, H. (1949).

La lucha por la justicia en la conquista de América

en lo que es ahora el Condado de León y el Condado de Jefferson, Thalasse, Florida. Allí vivían los indios Apalaches que dominaban la agricultura y tenían un sistema comercial de trueque muy perfeccionado. Desde el punto de vista bélico eran un pueblo guerrero con la costumbre de cortar cabelleras y unas lanzas que eran capaces de traspasar dos cotas de mallas, como descubrirían los españoles. Dentro de sus tradiciones destaca un juego de pelota que servía para unir a los clanes como si de una maniobra militar se tratará.

Como era habitual en aquellos tiempos, la “fiebre el oro” hizo que Narváez decidiese dirigirse hacia el norte. En mayo de 1528, pese a la negativa de

varios de los oficiales entre ellos el propio Cabeza de Vaca, decidió dividir las fuerzas: él iría por tierra con el grueso de los hombres mientras que el capitán Caravallo exploraría la costa. Para atravesar con todo el suministro las frondosas junglas repletas de lagunas, conocida como *Everglades*, precisaba de porteadores, decidiendo capturar a los pacíficos nativos incumpliendo el mandato del emperador de no esclavizar a los nativos ahora súbditos de la Corona. Solo imaginar el padecimiento de los hombres y animales atravesando los pantanos o cruzando en balsas los ríos Withlacoochee y Swanee, bajo el calor sofocante y húmedo del verano, donde perdieron gran parte de las vituallas y sin posibilidad de encontrar alimentos ya que no había ningún poblado en el camino.

Tras casi dos meses de fatigas alcanzaron el 25 de junio la deseada región de los Apalaches. En vez de reposo les esperaban indios flecheros que atacaban desde los frondosos bosques sin que los castellanos pudiesen emplear sus dos armas principales, el caballo y el arcabuz, debido al fango y la humedad. De hecho, los preciados caballos fueron poco a poco sacrificados para alimentar a los debilitados soldados. Después de un mes sin encontrar poblados habitados (unas veinte naciones indias) ya que mediante hogueras se avisaban de la llegada de los extraños barbudos, Narváez decidió dirigirse a la costa. El 22 de septiembre llegan a Aute, en la desembocadura del *río San Marcos o St Marks*, donde deciden construir cinco barcas gracias a las herramientas fabricadas fundiendo los estribos, espuelas y piezas metálicas de las ballestas. En uno de los barcos se embarcó el adelantado con 49 hombres mientras que los otros cuatro fueron capitaneados por: Alonso de Castillo y Andrés Dorante con 48; Alonso Enríquez con 49; Tañez y Peñalosa con 47; y en otra con 49 hombres capitaneada por Cabeza de Vaca.

Una fuerte tempestad en la desembocadura del Mississippi dividió la flotilla quedando varados en una pequeña isla las naves de Cabeza de Vaca, Dorantes y Castillo. Esta isla fue bautizada como Malhado, por razones obvias viendo lo pasado, en la actualidad es la isla de Galveston.

Solamente 15 hombres estaban vivos, pero cuatro de ellos, uno de ellos nuestro protagonista, fueron capturados por los indios carancaguas que a su manera les acogieron en su tribu. Durante seis años convivieron con los indígenas trabajando al principio como siervos, pero al poco el propio Cabeza de Vaca se convirtió en su “Hombre Medicina”. Gracias a los conocimientos de cirugía que aprendió en las guerras de Italia y contra los comuneros realizó la primera operación cardíaca de los Estados Unidos al sacar una

flecha clavada en el corazón a un indio. Tal fue su situación entre los indios que gozó de gran libertad siendo comerciante con otras tribus, aprendiendo el idioma, cultura y técnicas de caza. Tras seis años decidió junto con Lope de Oviedo escapar hacia el Oeste para llegar a México, pero en vez de ir por la costa se internarían tierra adentro para evitar a las numerosas tribus. Al parecer, al ver los grandes búfalos que ellos llamaron *cíbolos* o vacas de cíbola su compañero decidió retirarse. Pero por suerte encontró a otros tres supervivientes de los 600 de Narváez que decidieron unirse a su aventura, años más tarde Hernando de Soto rescataría a Juan Ortiz.

Ahora Cabeza de Vaca junto con Alonso del Castillo, Dorantes y *el negro* Estebanico remontaron el río Bravo adentrándose en Texas. Llegando a Río Grande y pasaron por los actuales estados mexicanos de Coahuila, Chihuahua y Sonora. En mayo de 1536 unos soldados españoles a las órdenes del capitán Álvarez encontraron a los caminantes que sobrevivieron al largo viaje gracias a la picaresca y a las dotes médicas de Cabeza de Vaca combinado con un pequeño *show* para los crédulos indios.

Tras descansar en Culiacán fueron enviados a Ciudad de México donde su aventura se hizo famosa. Años más tarde publicó *Naufragio* (1542 en Zamora) la primera obra que describe etnográfica y geográficamente el sur de los actuales Estado Unidos.

Los relatos de los cuatro supervivientes, especialmente de Estebanico, sobre las casas de barro con techos dorados, causa de un efecto óptico más que de techos de metales preciosos, y ciertas joyas de oro de los indios pueblo se fueron convirtiendo en un nuevo mito, "*Las siete ciudades*", que iremos viendo.

EXPEDICIONES DESDE MEXICO

Antes de finalizar el año 1521, los hombres de Hernán Cortés estaban firmemente establecidos en Tenochtitlán (Ciudad de México) y sus lugartenientes comenzaron a explorar, abriéndose en abanico, hacia el norte a lo largo de la costa del Golfo desde Veracruz, hacia el oeste en dirección al Océano Occidental, y al sur hacia las tierras zapotecas y mixtecas de Oaxaca. También hubo movimiento hacia el norte, tierra adentro, que con el tiempo llevaría a los españoles a las Tierras Fronterizas que iremos viendo a lo largo de la presente obra.

Francisco Buenaventura, sobrino de Cortés, se desplazó hasta Sinaloa; pero sus informes sobre la región y sus indios despertaban poco interés

a corto plazo por la escasez de riquezas y potencial económico. Gonzalo de Sandoval entró en el país Huasteco, situado al norte de Veracruz y a lo largo de la costa caribeña; sus informes eran igualmente monótonos y poco alentadores. Parecía que estas tierras norteñas no tenían nada que aportar en comparación con las tierras de los tarascos, al oeste, o sobre los pueblos de Oaxaca o lo que ellos suponían que era la promesa del imperio de los Mayas, en la península del Yucatán, que aún no habían tenido tiempo de explorar. Pedro de Alvarado se adentró en la actual Guatemala e incluso el propio Cortés recorrió parte de Honduras, tras realizar una rápida incursión al noreste en tierra Huasteca para comprobar la posible transgresión de su territorio por parte de Francisco de Garay, teniente gobernador de Jamaica y adelantado de Pánuco, navegando a lo largo de la costa del Golfo, buscando extender su tierra de Amichel hasta el corredor de Veracruz en las tierras altas de Anáhuac, valle de México.

Después de Honduras, Cortés se apresuró a volver a España para contrarrestar los cargos hechos contra él por la Primera Audiencia, cuatro jueces nombrados por la corona en 1528 para supervisar y, en la medida de lo posible, controlar al Conquistador de México. La mayoría de los cargos, que iban desde traición, crueldad y rapacidad hasta asesinato de esposas, carecían de pruebas o eran directamente falsas acusaciones inventadas por los celos y la envidia de sus compañeros de aventura. Pero con el gran hombre de México en España, al menos temporalmente, era una ocasión única para aquellos hombres que vivían a su sombra de lograr la fama.

En 1530, un indio llamado Tejo, nativo del valle de Oxitipar convenció con sus relatos a Nuño Beltrán de Guzmán sobre unas grandes poblaciones situadas al norte con altos edificios y llenas de oro y plata. Esas riquezas estaban a unas 200 leguas, es decir unos cuarenta días de marcha por el desierto, una distancia que para el presidente de la Audiencia le pareció una gran oportunidad de riquezas y fama pero sobre todo de lograr un éxito que pudiese desviar la no improbable ira del Rey Carlos, distraendo la atención de los errores y trapicheos suyos y de sus compañeros de la Audiencia.

Por consiguiente, se propuso conquistar el noroeste y, con suerte, labrarse un dominio para sí mismo. Así se convirtió en la siguiente figura en el origen de las tierras fronterizas del Norte. Abandonó su puesto y salió de la ciudad de México con 400 españoles y 2000 indios rumbo al norte vía Tarasca en la región de Michoacán para desde allí alcanzar esa rica región que le habían descrito.

La realidad es que, aunque no vio esas ricas ciudades, expandió los territorios del virreinato con los actuales estados mexicanos de Sinaloa, Jalisco, Aguascalientes, Zacateca y parte de San Luis de Potosí. Su táctica de conquista se puede resumir así: sitiar los poblados indígenas, apropiarse del maíz y otros cultivos, arrasar e incendiar las poblaciones torturando a los caciques para lograr información sobre sus riquezas y las de otros reinos indígenas, tratando de saciar la sed de oro que el indio Tejo introdujo en su mente. Un episodio que nos refleja su cruel forma de actuar fue la muerte del “rey” o *cazonci* de los michoacanos, *Tangáxoan Tzintzicha*. Este último lo recibió en paz, le colmó de regalos, de oro y plata, le entregó guerreros y provisiones, pero Nuño de Guzmán respondió a su hospitalidad haciéndole torturar y ejecutar. Una forma de actuar que era contraria tanto a los principios de Cortés como de las Leyes que habían aprobado los monarcas hispanos. Aunque abandonó la búsqueda de esas ricas ciudades del norte al ver frenado su avance por la Sierra Madre Occidental y la vuelta a México de su enemigo Cortés. Estas tierras formarían el Reino de la Nueva Galicia y aunque Guzmán no lo supo décadas más tarde se encontrarían los enormes yacimientos de Plata que serían explotadas por entre otras familias, la de su lugarteniente Cristóbal de Oñate, apellido que se repetirá en nuestra historia.

Tras ocho años de un cruel y despótico mandato en Nueva Galicia, Nuño de Guzmán fue encarcelado y enviado a España tras ser juzgado, en un juicio de residencia, por orden del Juez Diego Pérez de Guzmán con el visto bueno del ahora todopoderoso Hernán Cortés tras haberle concedido el emperador Carlos V poderes extraordinarios, con el que tenía una gran rivalidad y enemistad, y del primer virrey Antonio de Mendoza. Entre los cargos de los que se acusaron a Nuño de Guzmán, se encuentra el cobro de tributos en Huejotzingo en 1531, siendo propiedad de Cortés además de por el asesinato de Tangáxoan II, Rey de Michoacán. Falleció encarcelado en el castillo de Torrejón de Velasco, el 26 de octubre de 1558, cumpliendo casi veinte años de condena desde que fue enviado desde México.

FRAY MARCOS DE NIZA

En mayo de 1536 llegaron los cuatro “caminantes” a la región de Culiacán, como ya vimos, y comenzaron a generar unas expectativas de riquezas en todos aquellos que los escuchaban. Ellos pregonaban que muchos indios les dijeron que existían unas ricas ciudades con casas altas, pero reconocieron que ellos no las habían visto pero se fue acrecentando el mito de los grandes

reinos en el Norte que se irá construyendo en las siguientes exploraciones. El virrey Antonio Mendoza, entusiasmado por los relatos, decidió aprobar una exploración de esas tierras, pero los encargados no buscarían riquezas sino propagar la palabra de Dios. Esta sería la primera de muchas expediciones de religiosos que daría lugar décadas más tarde a una red de misiones que servirían de núcleos de colonización en el sudoeste norteamericano como ya veremos.

El guía de la expedición sería el “negro” Esteban que llevaría a tres frailes franciscanos: Fray Marcos de Niza, fray Honorato y fray Antonio de Santa María, junto a un grupo de indios cristianizados, a evangelizar a esas pacíficas tribus que encontró en su larga caminata. Aunque además de esta piadosa misión debían de estudiar la demografía, fauna, flora y el terreno de estos territorios para preparar una expedición más numerosa si fuera necesaria, eso sí con un estricto cumplimiento de las nuevas leyes de respeto a los indios.

El 7 de marzo de 1539 salieron a pie de Culiacán hacia las “ciudades altas” con Estebanico vestido de alegres colores, plumas y abalorios que contrastaban con los sobrios hábitos de los franciscanos. Esta disparidad en el vestir fue el comienzo de una compleja relación entre los frailes y su guía que entre sus borracheras y ritos paganos que imitaba de forma irrespetuosa a los ritos sacramentales católicos. Además, estaba más preocupado de coleccionar turquesas y mujeres con la que formando un harén nómada para asombro de los frailes. Viendo lo sucedido, el virrey había acertado dando el mando a Fray Marcos de Niza en vez de al “negro Estebanico”, que, por cierto, al ser esclavo y no bautizado no era tampoco legalmente posible su nombramiento.

Antes de seguir con la aventura norteamericana, es necesario conocer a Fray Marcos que recibía el apellido “de Niza” por ser originario de la Provenza, Francia, que en aquellos tiempos pertenecía al reino aliado de Saboya. Se piensa que llegó a América en 1531, exactamente a Santo Domingo; luego había cruzado a Guatemala; después fue junto con Pedro de Alvarado a los nuevos reinos que Francisco Pizarro estaba ganando para la corona de España. Había participado en la Conquista del Perú e incluso presencié la ejecución de Atahualpa. Fue, según varios autores, el fundador de la Provincia Franciscana del Perú, conocida en la época como Custodia del Perú, fray Marcos fue elegido por sus hermanos como su primer superior (custodio). Pero, cuando Alvarado pactó con Diego de Almagro, el socio de Pizarro, viendo el futuro conflicto entre españoles, Fray Marcos se fue a

Guatemala. Trasladándose a la Nueva España por invitación de Zumárraga, al que supuestamente conoció en Santo Domingo, el muy viajado franciscano estaba ansioso por trabajar entre los indios y comenzar una verdadera evangelización en la nueva provincia de Nueva Galicia, al noroeste de la capital que se estaba abriendo en aquellos años de la década de 1530, como ya vimos anteriormente.

Viendo su vida, es lógico que no estuviera dispuesto a tener a esa mezcla de curandero y charlatán como compañero de viaje, menos aún como guía. Según algunos autores, fue el propio Estebanico el que se separó y otros defienden que Niza fue el que mandó a este en avanzadilla en búsqueda de las “ciudades altas”. Estebanico, junto a dos o tres indios, se adelantó y como habrían convenido enviaría un mensajero con una cruz de madera cuando supiera algo de las ciudades. Pero, como dice el cronista Castañeda, deseoso de “ganar toda reputación y honra por su atrevimiento en descubrir aquellos poblados” no esperó al resto del grupo y marchó hacia el norte con su reducido séquito, eso sí aumentado con un nuevo harén. Cuando los frailes llegaron a Chichilticalli, a las puertas del desierto de Sonora, “el despoblado” como lo denominan las crónicas, guiados por el mensajero, Estebanico no estaba ya que había partido en búsqueda de riquezas por su cuenta. Tras varias semanas de búsqueda encontraron a gran parte del grupo de vanguardia que le contaron que Esteban había muerto en las afueras de un poblado llamado Hawikuh. Esta aldea pertenecía a los zuñi, de los que ya hablaremos más adelante en profundidad cuando hablemos de los Indios Pueblos. El termino Zuñi fue usado por primera vez por Antonio de Espejo en 1583 y es una corrupción del término en lengua keresan *Sunifisti*, y los nativos, sin embargo, se llamaban a sí mismos *Ashiwi* (de *shiwi*, carne) y su territorio, *Shiwona*.

Al parecer los naturales le habían dado una casa fuera del poblado como embajador de un “gran señor de hombres blancos al que obedecían muchas naciones” pero Estebanico insistió en adentrarse, según unos para hacer sus espectáculos de curandero a cambio de riquezas y comida o para aumentar su séquito femenino. Su cuerpo fue desmembrado y repartido por los alrededores por los nativos para demostrar que eran unos simples mortales, no seres divinos. Existe una teoría que nos describe Juan Francisco Maura en su libro *El gran burlador de América: Alvar Núñez Cabeza de Vaca* que puede que el propio Estebanico simulase su muerte para librarse de sus compañeros de viaje, algo no imposible teniendo en cuenta al personaje.

Tras escuchar el relato de la brutal muerte de Estebanico, Fray Marcos decidió regresar a México sin ver apenas, según muchos autores, el pueblo de Hawikuk y menos aún las riquezas que aseguró haber visto. Para justificar que no se acercase a esas ricas ciudades, en el fondo se contradice a sí mismo, dejó escrito esta frase: “Muchas veces tuve la tentación de ir allí. Lo devolví, porque no arriesgaba nada más que mi vida, y se lo había ofrecido a Dios el día en que emprendí mi viaje; finalmente, temí, considerando el peligro, que, si moría, no se podría tener una relación de esta tierra, que en mi opinión es el mejor y más grande de todos los descubrimientos”. Tomó posesión en nombre del virrey de esta tierra, y la llamó “Nuevo Reino de San Francisco”, de hecho, durante algún tiempo se creía por este nombre que había llegado a la actual California, pero la realidad es que solo caminó por el sur de los estados de Arizona y Nuevo México.

En un apuro por llegar a casa, dejado por su escolta india que se había vuelto hostil, el hermano Marcos se apresuró y se unió a Coronado a finales de julio en Culiacán, el cual estaba de exploración por la región de Topira. A caballo a marchas forzadas, pasando por Compostela, llegaron Ciudad de México a antes del 23 de agosto de 1539.

CIUDADES Y REINOS MÍTICOS

A los pocos días de la llegada del fraile explorador, Juan de Zumárraga (1468-1548) franciscano y primer obispo de la Ciudad de México, envía un breve informe de lo descubierto por el hermano Marcos a su primo Sancho García:

La tierra está como la dejaste, en la paz. El hermano Marcos descubrió otro, uno muy grande, a cuatrocientas leguas más lejos del lugar donde Nuño de Guzmán había llegado, cerca de la isla a la que iba el marqués. El Marqués afirma que la conquista le pertenece, y el Virrey toma posesión de ella por el Emperador; él desea enviar hermanos desarmados a la cabeza, para que la conquista sea cristiana y apostólica, y no una carnicería. La gente allí es muy respetuosa en la forma de vestir, y tienen casas de madera de varios pisos; no tienen ídolos, excepto el Sol y la Luna a los que adoran. Sólo tienen una mujer: una vez que ella es está muerto, no se van a casar de nuevo. Hay perdices y vacas, que el Padre ha

visto, y hay camellos y dromedarios y otras ciudades, incluso más grandes que la Ciudad de México.

La utopía franciscana de un territorio en el que solo la palabra de Dios fuese el arma civilizadora de una conquista cristiana y apostólica, dirigida por hermanos, sin derramamientos de sangre. Pero la cruda realidad en la que la violencia en la conquista de Cortés, las crueldades de Guzmán, y la experiencia personal del hermano Marcos en Perú, les mostró que era necesaria la protección de los hombres del Virrey Mendoza en su misión evangelizadora.

A finales de agosto, las descripciones de la expedición son ordenadas y publicadas como la *Relación de Fr. Marcos de Niza a la provincia de Culhuacán en Nueva España*. Se le da un valor oficial como informe de la expedición, debidamente autenticado por escritura notarial, firmada el 2 de septiembre de 1539. Se lee en público en la catedral de la Ciudad de México, frente al virrey, Cortés, Coronado y gran parte de la elite de Nueva España.

Aunque el texto del hermano Marcos no menciona explícitamente el oro en Cíbola, él deja claro para todos que la riqueza de los territorios del norte será tan grande como la de los México o Perú. El propio barbero del fraile afirma que “hay muchas implantaciones, ciudades y villas. Las ciudades están amuralladas y sus puertas están vigiladas. La gente es muy rica y hay trabaja la plata. Las mujeres llevan collares de oro y los hombres cinturones de oro”. Todas las conversaciones, independientemente de la clase social (ricos hidalgos, soldados sin encomiendas, hombres de negocios) se contagiaron de “la fiebre del oro”, entre ellos el propio Hernán Cortés al que, en compensación por la negativa del virrey de permitirle la expedición terrestre a las “siete ciudades”, que por ley correspondía al gobernador de Nueva Galicia, se le autorizó una naval de la que ya hablaremos dentro de poco.

El mito comienza...

Cíbola se convierte rápidamente en una palabra mítica que se vincula tanto a leyendas europeas como al propio origen de los mexicas. Es una gran coincidencia que se hable de siete ciudades, que coincide con el Chicomóztoc lugar que, en el siglo XVII, en su magna obra *Monarquía indiana*, el historiador español Fray Juan de Torquemada exaltó que es “Común opinión es entre todos los naturales de todo lo descubierto de esta Nueva España, que salieron de un lugar llamado Siete Cuevas, y los que no tienen haber salido de él al menos confiesan haber pasado por ellas”.

Pero los europeos tenían en su mente otras ciudades que habían leído en el libro de caballerías tan de moda en esa época, *Amadis de Gaula*, que entre sus relatos destaca una historia que parece hecha a propósito para nuestra aventura norteamericana. Según Fernando Benítez en su obra *La ruta de Hernán Cortés* (1964) nos describe así la leyenda: “En manos de los árabes la Península, siete obispos portugueses, que odiaban la religión del Profeta, decidieron buscar otras tierras a donde no llegara la influencia del Corán, y en medio del mar tenebroso fundaron siete ciudades de prodigio, creándose la isla de las Siete Ciudades...”

Durante siglos, los navegantes buscaron estas ciudades míticas, hasta el día en que Cristóbal Colón llegó a una cadena de islas frente a la costa de los actuales Estados Unidos, islas que desde entonces se conocen como las Antillas. De hecho, al no encontrarlas las siete ciudades en las primeras exploraciones, el mito seguía vivo por lo que se unía al relato que ahora revivía el libro de moda del momento. No había duda, las “siete ciudades del oro” estaban al norte de Nueva España.

CORONADO Y LA CONQUISTA DE CÍBOLA

“Mendoza, contra la fuerte oposición de Cortés, decidió, efectuar una expedición, que libraría al país de unos cuantos centenares de audaces y jóvenes espadachines españoles que están reñidos con la paz, y al mismo tiempo a fin de conquistar nuevos países para la Corona”

(Charles F. Lummis)

El virrey Mendoza envió a Melchor Díaz hacia el norte de Culiacán para comenzar una exploración previa del territorio para favorecer el avance de la expedición de conquista por tierra de Francisco Vázquez de Coronado, pero por el mar lo haría Francisco de Ulloa en nombre de Hernán Cortés.

Como ya vimos, el Conquistador de México deseaba participar en la conquista de estas míticas ciudades, pero la creación del Reino de Nueva Galicia limitaban su derecho a expandir sus territorios. Este reino, creado por Nuño Beltrán de Guzmán, era gobernado en esos momentos por Coronado, al que le correspondía el derecho de expansión de sus fronteras. La única solución que encontró Mendoza para no enemistarse, aún más, con Cortés fue autorizarle una expedición naval que crease un nuevo territorio lejos de la frontera de Nueva Galicia. Esta exploración naval de Francisco de

Ulloa sería la cuarta exploración patrocinada por Cortés por el golfo de California. El 8 de julio de 1539 salieron del puerto de Acapulco a bordo de los barcos *Santo Tomás*, *Santa Águeda* y *Trinidad*. Cerca de las islas Mariás se vieron obligados a abandonar el navío *Santo Tomás*, continuando el viaje de exploración en los dos buques restantes. El 28 de septiembre la expedición descubrió el extremo norte del golfo, llamado mar bermeja por el color que daba la mezcla con las aguas del río Colorado. A continuación, esta es el acta de Pedro de Palencia notario de la expedición en la que se refleja la toma de posesión de estas tierras:

Yo Pedro de Palencia, escribano público desta armada, doy fe e verdadero testimonio a todos los señores que la presente vieren, a quienes Dios nuestro señor guarde de mal, como en veinte e ocho días del mes de septiembre de quinientos e treinta e nueve años, el muy magnífico señor Francisco de Ulloa, teniente de gobernador y capitán desta armada por el iustrísimo señor Marqués del Valle de Guajaca, tomó posesión en el ancón de San Andrés y mar bermeja, que es en la costa desta Nueva España hazia el Norte, que está en altura de treinta y tres grados y medio, por el dicho Sr. Marqués del Valle en nombre del Emperador nuestro rey de Castilla, actual y realmente, poniendo mano a la espada, diciendo que si abía alguna persona que se lo contradijese, que él estaba presto para se lo defender, cortando con ella árboles, arrancando yerbas, meneando piedras de una parte a otra, y sacando agua de la mar; todo en señal de posesión.

Testigos que fueron presentes a lo que dicho es los reverendos padres del señor San Francisco, el padre Fray Raymundo, el padre fray Antonio de Mena, Francisco de Terrazas, veedor Diego de Haro, Gabriel Márquez. Fecho día mes y año susodicho. E yo Pedro de Palencia, escribano público desta armada, le escribí según ante mi pasó; por ende fize aquí este signo mío, que es tal, en testimonio de verdad. – Pedro de Palencia, escribano público. Frater Ramundus Alilius, Frater Antonius de Mena, – Gabriel Márquez. – Diego de Haro. – Francisco de Terrazas.

Tras fondear y explorar se dirigieron rumbo sur siguiendo la costa oriental de la Península de Baja California hasta la llegada al cabo San Lucas donde tornaron rumbo norte ya por aguas del Océano. Arribó a la bahía Magdalena el 5 de diciembre y siguió avanzando hacia el norte hasta llegar a la isla de Cedros. Esta isla es la última posición conocida de Ulloa ya que envió a parte de la expedición a bordo de uno de los barcos con un mensaje al Virrey con todos sus descubrimientos. Estas noticias sobre el río Colorado y que la costa Occidental de México finalizaba en la desembocadura de este, fueron empleadas para planificar la gran operación de Conquista de Coronado. Por el mar avanzaría Hernando de Alarcón para luego adentrarse por el gran río hasta encontrar al contingente terrestre, que había salido dos meses antes, en algún punto de Cíbola. Los dos barcos comandados por Alarcón, pero pilotados por Domingo de Castillo, salieron de Acapulco el 9 de mayo de 1540 llegando al Colorado el 26 de agosto, bautizándolo como río de Nuestra Señora del Buen Guía. Tras construir varias barcazas, en un primer intento llegó a la confluencia con el río Gila, en la actual localidad de Yuma en Arizona, y por falta de víveres regresó a los barcos para realizar más tarde una gran exploración río arriba de unas 80 leguas, cerca de 400 kilómetros, en búsqueda de Coronado. Decidió regresar a sus barcos. Como se puede imaginar, la posibilidad de encontrarse era remota por lo que dejó señales de su paso. Uno de estos avisos de paso fue una gran cruz y en un árbol cercano escribió: “Alarcón llegó hasta aquí, debajo del árbol hay escritos”, e increíblemente lo encontraría Melchor Díaz en una misión de exploración tiempo más tarde.

Volvamos a la expedición terrestre, Melchor Díaz junto a 15 hombres salieron el 17 de noviembre de 1539 de Culiacán y encontraron a cien leguas de viaje, en la actual frontera de Sonora y Arizona, a unos indios que aseguraban conocer Cíbola. Se adentraron hacia los territorios de la actual Phoenix y siguieron el curso del río Gila hasta que tuvieron que frenar su avance por las fuertes nevadas y montar un campamento de invierno para resguardarse.

Mientras, Francisco Vázquez de Coronado se estaba organizando en Santiago de Compostela, Tepic. Coronado contaba para financiar la expedición con la fortuna de su esposa Beatriz de Estrada, llamada *la Santa*, hija del tesorero y gobernador Alonso de Estrada y propietaria de una gran encomienda en herencia. Además de su propia aportación económica, ya que la corona solo estaba obligada a financiar los gastos de los frailes y sacerdotes,